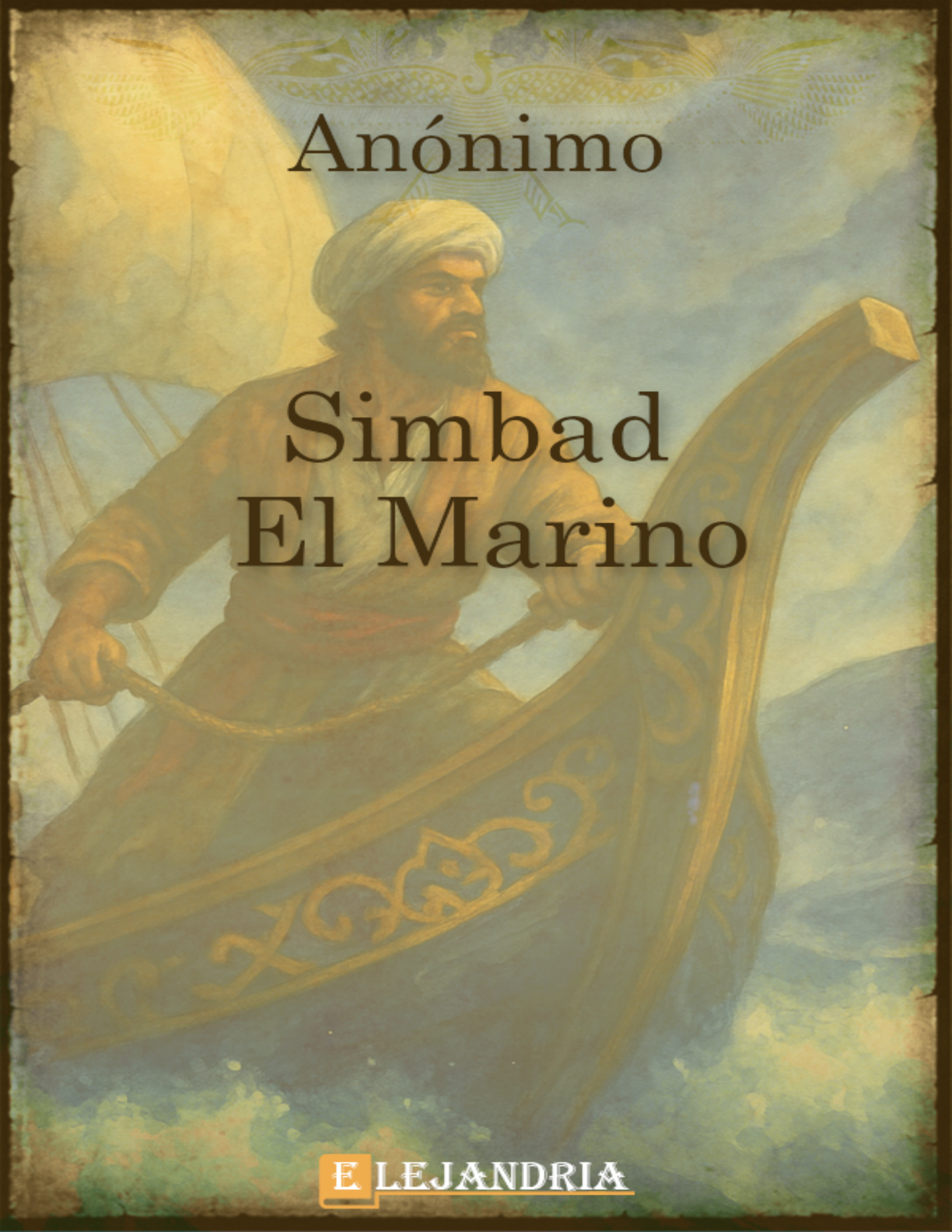
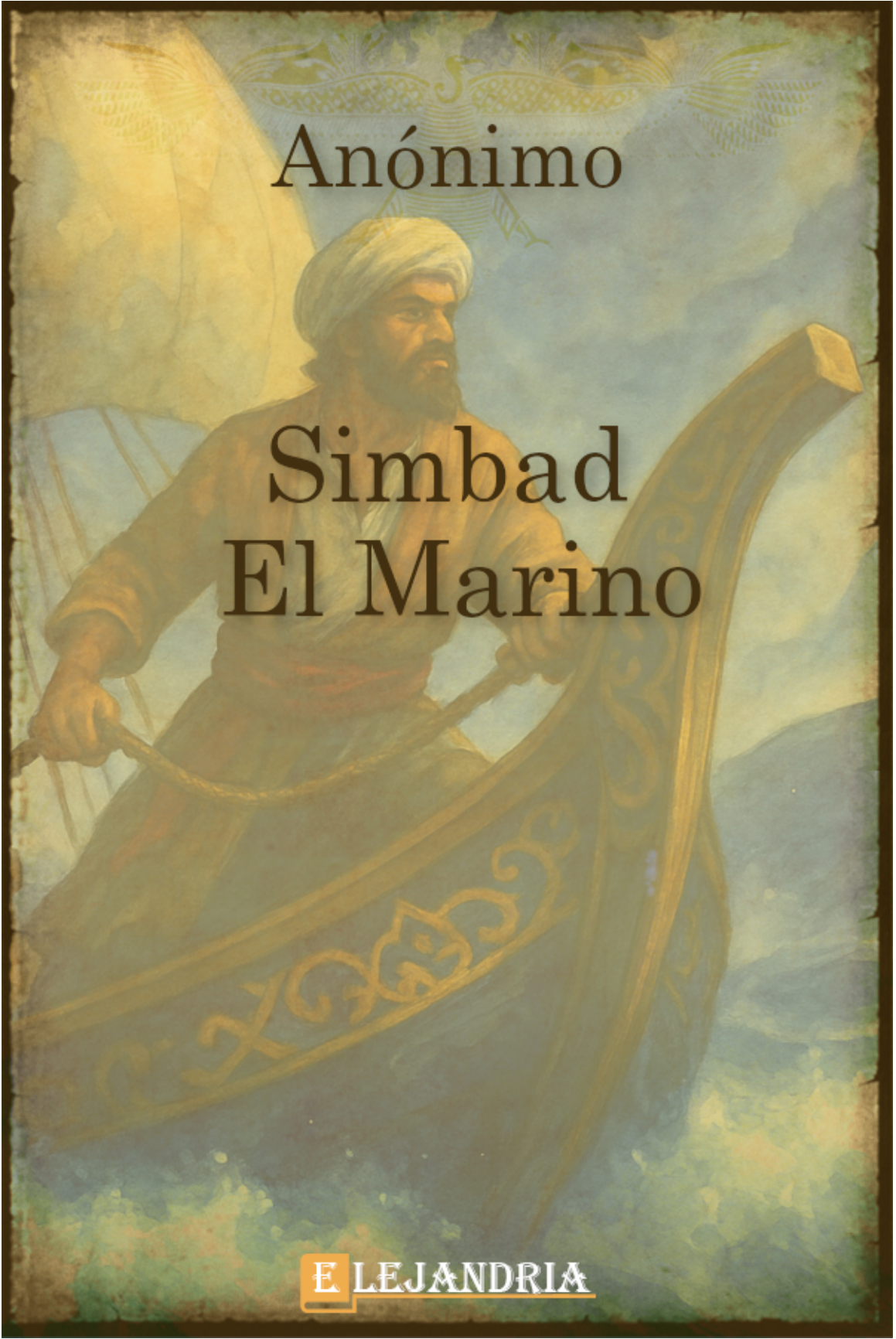


A full-page illustration of Simbad the Sailor. He is a bearded man wearing a white turban and a brown robe, sitting in a wooden boat. He is holding a long wooden pole or oar. The boat has ornate golden scrollwork on its side. The background shows a blue sky with white clouds and a large, golden, winged figure (a genie or djinn) emerging from the clouds behind him. The overall style is that of a classic children's book illustration.

Anónimo

Simbad
El Marino

A full-page illustration of Simbad the Sailor. He is a bearded man wearing a white turban and a brown robe, sitting in a wooden boat. He is holding a rope that is attached to a large, ornate wooden structure, possibly a mast or a part of the boat's hull. The background is a soft, hazy landscape with a large, glowing yellow sun or moon on the left. The overall style is that of a classic book illustration.

Anónimo

Simbad
El Marino

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

SIMBAD EL MARINO

ANÓNIMO

PUBLICADO: 2200 A.C
FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
**EDICIÓN ORIGINAL: CHARLES SCRIBNER'S SONS, NEW
YORK, 1909**
ILLUSTRADOR: MAXFIELD PARRISH

SIMBAD EL MARINO

En el reinado del Califa Harún al-Rashid, vivía en Bagdad un pobre cargador llamado Hindbad. Un día, cuando el tiempo era excesivamente caluroso, le encargaron transportar una pesada carga de un extremo a otro de la ciudad. Como todavía le quedaba un largo trecho por recorrer, llegó a una calle donde una refrescante brisa le acarició el rostro y el pavimento estaba rociado con agua de rosas. No pudiendo desear un lugar mejor para descansar, se quitó la carga y se sentó sobre ella, cerca de una gran mansión.

Le agradó mucho haberse detenido en aquel lugar, pues el agradable olor a madera de áloe y a pastillas que salía de la casa, mezclándose con el aroma del agua de rosas, perfumaba por completo el aire. Además, oyó desde el interior un concierto de música instrumental, acompañado de las armoniosas notas de los ruiseñores. Esta encantadora melodía y el olor a platos sabrosos hicieron que el cargador concluyera que dentro se celebraba un festín. Como sus asuntos rara vez lo llevaban por aquel camino, no sabía a quién pertenecía la mansión; pero para satisfacer su curiosidad, se dirigió a algunos de los sirvientes, a quienes vio de pie junto a la puerta con magníficas vestimentas, y preguntó el nombre del propietario.

—¿Cómo? —replicó uno de ellos—. ¿Vives en Bagdad y no sabes que esta es la casa de Simbad el marino, ese famoso viajero que ha navegado por todo el mundo?

El cargador, que había oído hablar de las riquezas de este Simbad, alzó los ojos al Cielo y dijo, lo suficientemente alto como para ser oído:

—¡Todopoderoso creador de todas las cosas, considera la diferencia entre Simbad y yo! Cada día estoy expuesto a fatigas y calamidades, y apenas consigo pan de cebada para mí y mi familia, mientras que el afortunado Simbad gasta inmensas riquezas y lleva una vida de placer. ¿Qué ha hecho él para obtener una suerte tan agradable? ¿Y qué he hecho yo para merecer una tan desdichada?

Mientras el cargador se entregaba a su melancolía, un sirviente salió de la casa y, tomándolo del brazo, le ordenó que lo siguiera, pues Simbad, su amo, quería hablar con él.

Los sirvientes lo condujeron a un gran salón, donde un gran número de personas se sentaban alrededor de una mesa cubierta con toda clase de platos sabrosos. En el extremo superior se sentaba un caballero venerable, de larga barba blanca, y detrás de él había un número de oficiales y criados, todos dispuestos a atender sus deseos. Este personaje era Simbad. El cargador, cuyo temor aumentó al ver a tanta gente y un banquete tan suntuoso, saludó a la compañía temblando. Simbad le indicó que se acercara y, sentándolo a su derecha, le sirvió él mismo y le dio una copa de excelente vino.

Cuando la comida terminó, Simbad dirigió su conversación a Hindbad y le preguntó su nombre y empleo.

—Mi señor —respondió él—, mi nombre es Hindbad.

—Me alegro mucho de verte —replicó Simbad—; pero deseo oír de tu propia boca lo que dijiste hace poco en la calle.

Simbad mismo había oído al cargador quejarse a través de la ventana, y esto fue lo que le indujo a hacerlo entrar.

Ante esta petición, Hindbad bajó la cabeza confundido y replicó:

—Mi señor, confieso que mi fatiga me puso de mal humor y me hizo pronunciar algunas palabras indiscretas, por las cuales le ruego

que me perdone.

—No creas que soy tan injusto —prosiguió Simbad— como para resentirme por tal queja, pero debo rectificar tu error concerniente a mí. Piensas, sin duda, que he adquirido sin trabajo y esfuerzo la comodidad de la que ahora disfruto. Pero no te equivoques; no alcancé esta feliz condición sin soportar durante varios años más penalidades de cuerpo y mente de las que bien se pueden imaginar. Sí, caballeros —añadió, dirigiéndose a toda la compañía—, puedo asegurarles que mis tribulaciones fueron tan extraordinarias que estaban calculadas para desanimar al más codicioso de emprender viajes como los que yo hice para adquirir riquezas. Quizás nunca han oído un relato detallado de mis maravillosas aventuras; y ya que tengo esta oportunidad, les daré un fiel recuento de ellas, no dudando de que será de su agrado.

EL PRIMER VIAJE

»Heredé de mi padre una considerable propiedad, la mayor parte de la cual malgasté en mi juventud en la disipación; pero me di cuenta de mi error y reflexioné que las riquezas son perecederas y rápidamente consumidas por malos administradores como yo. Consideré además que, con mi modo de vida irregular, malgastaba miserablemente mi tiempo, que es, de todas las cosas, la más valiosa. Impresionado por estas reflexiones, reuní los restos de mi fortuna y vendí todos mis bienes en subasta pública. Luego, entré en contrato con algunos mercaderes que comerciaban por mar. Tomé el consejo de aquellos que consideré más capaces y, resuelto a acrecentar el dinero que tenía, me embarqué con varios mercaderes a bordo de un navío que habíamos equipado conjuntamente.

»Zarpamos y pusimos rumbo hacia las Indias a través del Golfo Pérsico, que está formado por las costas de Arabia Félix a la derecha y por las de Persia a la izquierda. Al principio padecí mareo, pero rápidamente recuperé la salud y después no volví a sufrir ese mal.

»En nuestro viaje atracamos en varias islas, donde vendimos o intercambiamos nuestras mercancías. Un día, mientras navegábamos, nos encontramos en calma cerca de una pequeña isla, apenas elevada sobre el nivel del agua y que se asemejaba a un prado verde. El capitán ordenó arriar las velas y permitió desembarcar a quienes así lo desearan, entre los cuales me contaba yo.

»Pero mientras nos divertíamos comiendo y bebiendo, y recuperándonos de la fatiga del mar, la isla tembló de repente y nos sacudió terriblemente.

»El movimiento se percibió a bordo del barco, y se nos llamó para que reembarcáramos rápidamente, o todos nos perderíamos; pues lo que habíamos tomado por una isla resultó ser el lomo de un monstruo marino. Los más ágiles subieron a la chalupa, otros se lanzaron a nadar; pero yo, por mi parte, todavía estaba sobre el lomo de la criatura cuando se sumergió en el mar, y solo tuve tiempo de agarrarme a un trozo de madera que habíamos traído del barco. Mientras tanto, el capitán, habiendo recibido a bordo a los que estaban en la chalupa y recogido a algunos de los que nadaban, resolvió aprovechar el viento favorable que acababa de levantarse e, izando las velas, prosiguió su viaje, de modo que me fue imposible alcanzar el navío.

»Así quedé expuesto a la merced de las olas todo el resto del día y la noche siguiente. Para entonces, sentí que mis fuerzas se agotaban y desesperé de salvar la vida, cuando felizmente una ola me arrojó contra una isla. La orilla era alta y escarpada, de modo que apenas habría podido subir de no ser por unas raíces de árboles que el azar puso a mi alcance. Habiendo ganado tierra, me tumbé en el suelo medio muerto, hasta que apareció el sol. Entonces, aunque estaba muy débil, tanto por el duro esfuerzo como por la falta de comida,

me arrastré para buscar algunas hierbas comestibles, y tuve la buena suerte no solo de encontrarlas, sino también de descubrir un manantial de agua excelente, que contribuyó mucho a mi recuperación. Después de esto, me adentré más en la isla y finalmente llegué a una hermosa llanura, donde a gran distancia percibí unos caballos pasciendo. Me dirigí hacia ellos y, al acercarme, oí la voz de un hombre, que apareció de inmediato y me preguntó quién era. Le relaté mi aventura, después de lo cual, tomándome de la mano, me condujo a una cueva, donde había varias otras personas, no menos asombradas de verme que yo de verlas a ellas.

»Participé de algunas provisiones que me ofrecieron. Luego les pregunté qué hacían en un lugar tan desierto, a lo que respondieron que eran los mozos de cuadra pertenecientes al Maharajá, soberano de la isla, y que cada año, en la misma estación, traían allí los caballos del rey para que pastaran. Añadieron que debían regresar a casa al día siguiente, y que si yo hubiera llegado un día más tarde, habría perecido, porque la parte habitada de la isla estaba a gran distancia y me habría sido imposible llegar allí sin un guía.

»A la mañana siguiente regresaron a la capital de la isla, me llevaron con ellos y me presentaron al Maharajá. Me preguntó quién era y por qué aventura había llegado a sus dominios. Después de haberle satisfecho, me dijo que lamentaba mucho mi infortunio y, al mismo tiempo, ordenó que no me faltara de nada; órdenes que sus oficiales fueron tan generosos como para cumplir con exactitud.

»Siendo mercader, frecuentaba a hombres de mi misma profesión, y preguntaba particularmente por los que eran extranjeros, para ver si por casualidad podía oír noticias de Bagdad, o encontrar una oportunidad para regresar. Me hicieron mil preguntas sobre mi país; y yo, deseoso de informarme sobre sus leyes y costumbres, les preguntaba sobre todo lo que consideraba digno de saber.

»Pertenece a este rey una isla llamada Cassel. Me aseguraron que cada noche se oía allí un ruido de tambores, de donde los marineros imaginaban que era la residencia de Dajjal. Decidí visitar este maravilloso lugar, y en mi camino hacia allí vi peces de cien y

doscientos codos de largo, que causan más miedo que daño, pues son tan tímidos que huyen al golpear dos palos o tablas. Vi también otros peces de aproximadamente un codo de largo, que tenían cabezas como las de las lechuzas.

»Un día que estaba en el puerto después de mi regreso, llegó un barco, y tan pronto como echó el ancla, comenzaron a descargarlo, y los mercaderes a bordo ordenaron que sus mercancías fueran llevadas a la aduana. Al posar la vista sobre algunas balas y mirar el nombre, encontré el mío y percibí que las balas eran las mismas que había embarcado en Basora. También reconocí al capitán; pero, persuadido de que él me creía ahogado, fui y le pregunté de quién eran aquellas balas. Respondió que pertenecían a un mercader de Bagdad, llamado Simbad, que se había hecho a la mar con él, pero que desgraciadamente había perecido en el viaje, y que había decidido comerciar con las balas hasta que encontrara a algún miembro de su familia, a quien pudiera devolver el beneficio.

—Yo soy ese Simbad —dije yo—, a quien creíais muerto, y esas balas son mías.

»Cuando el capitán me oyó hablar así:

—¡Cielos! —exclamó—. ¿En quién podemos confiar en estos tiempos? No queda fe entre los hombres. Vi a Simbad perecer con mis propios ojos, al igual que los pasajeros a bordo, y aun así me dices que eres ese Simbad. ¿Qué descaro es este? Cuentas una horrible falsedad para apoderarte de lo que no te pertenece.

—Ten paciencia —repliqué—. Hazme el favor de escuchar lo que tengo que decir.

»Entonces le conté cómo había escapado y por qué aventura me encontré con los mozos de cuadra del Maharajá, que me habían llevado a su corte.

»El capitán finalmente se persuadió de que yo no era un impostor; pues vinieron personas de su barco que me conocían y expresaron mucha alegría al verme con vida. Al final, él mismo me reconoció y, abrazándome, dijo:

—¡Alabado sea el cielo por tu feliz escape! No puedo expresar la alegría que me produce; ahí están tus mercancías, tómalas y haz con ellas lo que te plazca.

»Le di las gracias, reconocí su probidad y le ofrecí parte de mis mercancías como regalo, lo cual él generosamente rehusó.

»Saqué lo más valioso de mis balas y se lo presenté al Maharajá, quien, conociendo mi infortunio, me preguntó cómo había conseguido tales rarezas. Le informé de la circunstancia de su recuperación. Se alegró de mi buena suerte, aceptó mi presente y, a cambio, me dio uno mucho más considerable. Tras esto, me despedí de él y subí a bordo del mismo barco, después de haber intercambiado mis mercancías por los productos de ese país. Llevé conmigo madera de áloe, sándalo, alcanfor, nuez moscada, clavo, pimienta y jengibre. Pasamos por varias islas y, finalmente, llegamos a Basora, desde donde vine a esta ciudad, con el valor de cien mil sequíes. Mi familia y yo nos recibimos con sincero afecto. Compré esclavos y una finca, y construí una casa magnífica. Así me establecí, resuelto a olvidar las miserias que había sufrido y a disfrutar de los placeres de la vida.

Simbad se detuvo aquí y ordenó a los músicos que prosiguieran con su concierto, que la historia había interrumpido. La compañía continuó disfrutando hasta la noche, cuando Simbad mandó traer una bolsa de cien sequíes y, dándosela al cargador, dijo:

—Toma esto, Hindbad, regresa a tu hogar y vuelve mañana para oír más de mis aventuras.

El cargador se fue, asombrado por el honor recibido y el presente que se le había hecho. El relato de esta aventura resultó muy agradable para su esposa e hijos, quienes no dejaron de dar gracias a Dios por lo que la providencia les había enviado por mano de Simbad.

Hindbad se puso sus mejores ropas al día siguiente y regresó junto al generoso viajero, que lo recibió cordialmente. Cuando todos

los invitados hubieron llegado, se sirvió la cena. Cuando esta terminó, Simbad, dirigiéndose a la compañía, dijo:

—Caballeros, tengan a bien escuchar las aventuras de mi segundo viaje; merecen su atención incluso más que las del primero.

Ante esto, todos guardaron silencio, y Simbad prosiguió.

EL SEGUNDO VIAJE

»Mi intención, después de mi primer viaje, era pasar el resto de mis días en Bagdad, pero no tardé en cansarme de una vida ociosa. Mi inclinación por el comercio revivió. Compré mercancías apropiadas para el comercio que pretendía y me hice a la mar por segunda vez con mercaderes de conocida probidad. Nos embarcamos a bordo de un buen navío y, tras encomendarnos a Dios, zarpamos.

Comerciamos de isla en isla e intercambiamos mercancías con gran provecho. Un día desembarcamos en una isla cubierta de diversas clases de árboles frutales, pero no pudimos ver ni hombre ni animal. Fuimos a tomar un poco de aire fresco en los prados, a lo largo de los arroyos que los regaban. Mientras unos se entretenían recogiendo flores y otros frutas, yo tomé mi vino y mis provisiones, y me senté cerca de un arroyo entre dos altos árboles que formaban una espesa sombra. Hice una buena comida y después me quedé dormido. No puedo decir cuánto tiempo dormí, pero cuando desperté, el barco se había ido.

»Me levanté y miré a mi alrededor, pero no pude ver a ninguno de los mercaderes que habían desembarcado conmigo. Vi el barco a vela, pero a tal distancia que lo perdí de vista en poco tiempo.

»En esta triste condición, estuve a punto de morir de pena. Grité de agonía y me arrojé al suelo, donde yací algún tiempo

desesperado. Me reproché cien veces no haberme contentado con el producto de mi primer viaje, que podría haberme bastado toda la vida. Pero todo esto fue en vano, y mi arrepentimiento llegó demasiado tarde.

»Finalmente, me resigné a la voluntad de Dios. Sin saber qué hacer, trepé a la cima de un árbol altísimo, desde donde miré a todos lados para ver si podía descubrir algo que me diera esperanzas. Cuando miré hacia el mar no pude ver más que cielo y agua; pero al mirar sobre la tierra vi algo blanco; y bajando, tomé las provisiones que me quedaban y me dirigí hacia ello, siendo la distancia tan grande que no podía distinguir qué era.

»A medida que me acercaba, pensé que era una cúpula blanca, de una altura y extensión prodigiosas; y cuando llegué a ella, la toqué y la encontré muy lisa. Di la vuelta para ver si estaba abierta por algún lado, pero vi que no, y que no había forma de subir a la cima, pues era muy lisa. Tenía al menos cincuenta pasos de circunferencia.

»Para entonces, el sol estaba a punto de ponerse, y de repente el cielo se oscureció como si hubiera sido cubierto por una espesa nube. Quedé muy asombrado por esta súbita oscuridad, pero mucho más cuando descubrí que era ocasionada por un pájaro de un tamaño monstruoso, que venía volando hacia mí. Recordé que a menudo había oído a los marineros hablar de un pájaro milagroso llamado el roc, y concebí que la gran cúpula que tanto admiraba debía ser su huevo. Al ver venir al roc, me arrimé al huevo, de modo que tenía ante mí una de las patas del pájaro, que era tan grande como el tronco de un árbol. Me até fuertemente a ella con mi turbante, con la esperanza de que a la mañana siguiente me llevara con él fuera de esta isla desierta. Después de haber pasado la noche en esta condición, el pájaro se fue volando tan pronto como amaneció y me llevó tan alto que no podía discernir la tierra; luego descendió con tal rapidez que perdí el sentido. Pero cuando me encontré en el suelo, desaté rápidamente el nudo, y apenas lo había hecho cuando el roc, habiendo cogido una serpiente de una longitud monstruosa en su pico, se fue volando.

»El lugar donde me dejé estaba rodeado por todas partes de montañas que parecían llegar más allá de las nubes, y tan empinadas que no había posibilidad de salir del valle. Esta fue una nueva perplejidad, de modo que cuando comparé este lugar con la isla desierta de la que el roc me había traído, encontré que no había ganado nada con el cambio.

»Mientras caminaba por este valle, percibí que estaba sembrado de diamantes, algunos de los cuales eran de un tamaño sorprendente. Me deleité mirándolos, pero poco después vi a lo lejos objetos que disminuyeron enormemente mi satisfacción, a saber, un gran número de serpientes tan monstruosas que la menor de ellas era capaz de tragarse un elefante. Se retiraban durante el día a sus guaridas, donde se escondían del roc, su enemigo, y salían solo por la noche.

»Pasé el día caminando por el valle, descansando a veces en los lugares que consideraba más convenientes. Cuando llegó la noche, entré en una cueva, donde pensé que podría reposar a salvo. Aseguré la entrada con una gran piedra para protegerme de las serpientes, pero no tanto como para excluir la luz. Cené parte de mis provisiones, pero las serpientes, que comenzaron a sisear a mi alrededor, me infundieron un miedo tan extremo que no pude dormir. Cuando apareció el día, las serpientes se retiraron y salí de la cueva temblando. Puedo decir con justicia que caminé sobre diamantes sin sentir ninguna inclinación a tocarlos. Finalmente me senté y, a pesar de mis aprensiones, al no haber cerrado los ojos durante la noche, me quedé dormido, después de haber comido un poco más de mis provisiones. Pero apenas había cerrado los ojos, cuando algo que cayó a mi lado con un gran ruido me despertó. Era un gran trozo de carne cruda; y al mismo tiempo vi caer varios otros desde las rocas en diferentes lugares.

»Siempre había considerado fabuloso lo que había oído relatar a los marineros y a otros sobre el valle de los diamantes y sobre las estratagemas empleadas por los mercaderes para obtener joyas de allí; pero ahora descubrí que no habían dicho más que la verdad.

Pues el hecho es que los mercaderes vienen a las proximidades de este valle cuando las águilas tienen crías; y, arrojando grandes trozos de carne al valle, los diamantes sobre cuyas puntas caen se adhieren a ellos; las águilas, que son más fuertes en este país que en cualquier otro lugar, se abalanzan con gran fuerza sobre esos trozos de carne y los llevan a sus nidos en las rocas para alimentar a sus crías; los mercaderes en ese momento corren a los nidos, ahuyentan a las águilas con sus gritos y se llevan los diamantes que se adhieren a la carne.

»Hasta que percibí el ardid, había concluido que me era imposible abandonar este abismo, que consideraba mi tumba; pero ahora cambié de opinión y comencé a pensar en los medios de mi liberación. Empecé a recoger los diamantes más grandes que pude encontrar y los metí en la bolsa de cuero en la que solía llevar mis provisiones. Después tomé el trozo de carne más grande, me lo até fuertemente con la tela de mi turbante y luego me tendí en el suelo boca abajo, con la bolsa de diamantes bien sujeta a mi cinturón.

»Apenas me había puesto en esta postura cuando llegaron las águilas. Cada una de ellas agarró un trozo de carne, y una de las más fuertes, habiéndome cogido a mí, con el trozo de carne al que estaba sujeto, me llevó a su nido en la cima de la montaña. Los mercaderes inmediatamente comenzaron a gritar para asustar a las águilas; y cuando las hubieron obligado a soltar su presa, uno de ellos vino al nido donde yo estaba. Se alarmó mucho cuando me vio; pero recuperándose, en lugar de preguntar cómo había llegado allí, comenzó a reñir conmigo y me preguntó por qué robaba sus bienes.

—Me tratarás —reliqué yo— con más civilidad cuando me conozcas mejor. No te preocupes, tengo suficientes diamantes para ti y para mí, más que todos los demás mercaderes juntos. Lo que sea que ellos tengan, se lo deben al azar, pero yo seleccioné para mí en el fondo del valle los que ves en esta bolsa.

»Apenas había terminado de hablar, cuando los otros mercaderes se agolparon a nuestro alrededor, muy asombrados de verme; pero se sorprendieron mucho más cuando les conté mi historia.

»Me condujeron a su campamento, y allí, habiendo abierto mi bolsa, se sorprendieron del tamaño de mis diamantes y confesaron que en todas las cortes que habían visitado nunca habían visto ninguno de tal tamaño y perfección. Rogué al mercader que era dueño del nido al que había sido llevado (pues cada mercader tenía el suyo propio) que tomara tantos como quisiera para su parte. Se contentó con uno, y el más pequeño de ellos; y cuando le insistí en que tomara más:

—No —dijo él—, estoy muy satisfecho con este, que es lo suficientemente valioso como para ahorrarme la molestia de hacer más viajes, y me proporcionará una fortuna tan grande como deseo.

»Pasé la noche con los mercaderes, a quienes relaté mi historia por segunda vez, para la satisfacción de los que no la habían oído. No podía moderar mi alegría al encontrarme liberado del peligro que he mencionado. Me pareció estar en un sueño y apenas podía creer que estuviera fuera de peligro.

»Los mercaderes habían arrojado sus trozos de carne al valle durante varios días, y cada uno de ellos, satisfecho con los diamantes que le habían tocado en suerte, abandonamos el lugar a la mañana siguiente y viajamos cerca de altas montañas, donde había serpientes de una longitud prodigiosa, de las que tuvimos la buena fortuna de escapar. Nos embarcamos en el primer puerto al que llegamos y atracamos en la isla de Roha, donde crecen los árboles que producen alcanfor. Este árbol es tan grande y sus ramas tan gruesas que cien hombres pueden sentarse fácilmente bajo su sombra. El jugo del que se hace el alcanfor mana de un agujero perforado en la parte superior del árbol, se recibe en un recipiente, donde se espesa hasta una consistencia y se convierte en lo que llamamos alcanfor; después de que el jugo es extraído, el árbol se marchita y muere.

»En esta isla también se encuentra el rinoceronte, un animal más pequeño que el elefante, pero más grande que el búfalo. Tiene un cuerno sobre su nariz, de aproximadamente un codo de largo; este cuerno es sólido y está hendido por el medio. El rinoceronte lucha

con el elefante, le clava el cuerno en el vientre y se lo lleva sobre su cabeza; pero la sangre y la grasa del elefante, al correrle por los ojos y dejarlo ciego, lo hacen caer al suelo; y entonces, icosa extraña de relatar!, el roc viene y se los lleva a ambos en sus garras, como alimento para sus crías.

»En esta isla cambié algunos de mis diamantes por mercancías. De allí fuimos a otros puertos y, finalmente, después de haber atracado en varias ciudades comerciales del continente, desembarcamos en Basora, desde donde me dirigí a Bagdad. Allí di inmediatamente grandes presentes a los pobres y viví honorablemente con las vastas riquezas que había ganado con tanta fatiga.

Así terminó Simbad su relato, dio a Hindbad otros cien sequíes y lo invitó a volver al día siguiente para escuchar el relato del tercer viaje.

EL TERCER VIAJE

»Pronto perdí el recuerdo de los peligros que había encontrado en mis dos viajes anteriores —dijo Simbad—, y estando en la flor de mi edad, me cansé de vivir sin ocupación, y fui de Bagdad a Basora con las mercancías más ricas del país. Allí me embarqué de nuevo con algunos mercaderes. Hicimos un largo viaje y atracamos en varios puertos, donde llevamos a cabo un considerable comercio. Un día, estando en alta mar, nos sorprendió una terrible tempestad, que nos desvió de nuestro rumbo. La tempestad continuó varios días y nos llevó ante el puerto de una isla en la que el capitán era muy reacio a entrar, pero nos vimos obligados a echar el ancla. Cuando hubimos arriado las velas, el capitán nos dijo que esta y algunas otras islas vecinas estaban habitadas por salvajes peludos, que nos atacarían

rápidamente; y, aunque no eran más que enanos, no debíamos oponer resistencia, pues eran más numerosos que las langostas; y si por casualidad matábamos a uno de ellos, todos se abalanzarían sobre nosotros y nos destruirían.

»Pronto descubrimos que lo que nos había dicho era demasiado cierto; una innumerable multitud de salvajes espantosos, de unos dos pies de altura, cubiertos enteramente de pelo rojo, vino nadando hacia nosotros y rodeó nuestro barco. Nos hablaron al acercarse, pero no entendimos su idioma, y treparon por los costados del barco con tal agilidad que nos sorprendió. Arriaron nuestras velas, cortaron los cables y, arrastrándonos a la orilla, nos hicieron desembarcar a todos, y después llevaron el barco a otra isla, de donde habían venido.

»Avanzamos por la isla, donde recogimos algunas frutas y hierbas para prolongar nuestras vidas tanto como pudiéramos; pero no esperábamos más que la muerte. A medida que avanzábamos, percibimos a lo lejos una vasta pila de edificios, y nos dirigimos hacia ella. Descubrimos que era un palacio, elegantemente construido y muy elevado, con una puerta de ébano que forzamos. Entramos en el patio, donde vimos ante nosotros un gran aposento, con un porche, que tenía a un lado un montón de huesos humanos y al otro un vasto número de asadores. Temblamos ante este espectáculo y, fatigados por el viaje, caímos al suelo, sobrecojidos por una aprensión mortal, y permanecimos inmóviles durante mucho tiempo.

»El sol se puso, la puerta del aposento se abrió con un fuerte estrépito, y de allí salió la horrible figura de un hombre negro, tan alto como una palmera elevada. Tenía un solo ojo, y este en medio de la frente, donde parecía tan rojo como un carbón encendido. Sus dientes delanteros eran muy largos y afilados, y sobresalían de su boca, que era tan profunda como la de un caballo. Su labio superior le colgaba sobre el pecho. Sus orejas se parecían a las de un elefante y le cubrían los hombros; y sus uñas eran tan largas y curvadas como las garras de las aves más grandes. A la vista de un

gigante tan espantoso, perdimos el sentido y quedamos como muertos.

»Finalmente volvimos en sí y lo vimos sentado en el porche mirándonos. Cuando nos hubo considerado bien, avanzó hacia nosotros y, poniendo su mano sobre mí, me levantó por la nuca y me hizo girar como un carnicero lo haría con la cabeza de una oveja. Después de haberme examinado y percibiendo que estaba tan flaco que no tenía más que piel y huesos, me soltó. Levantó a todos los demás uno por uno y los examinó de la misma manera. Siendo el capitán el más gordo, lo sujetó con una mano, como yo haría con un gorrión, y le atravesó con un asador; luego encendió un gran fuego, lo asó y se lo comió en su aposento para cenar. Habiendo terminado su comida, regresó a su porche, donde se acostó y se durmió, roncando más fuerte que un trueno. Durmió así hasta la mañana. En cuanto a nosotros, no nos fue posible disfrutar de ningún descanso, por lo que pasamos la noche con la más dolorosa aprensión que pueda imaginarse. Cuando apareció el día, el gigante se despertó, se levantó, salió y nos dejó en el palacio.

»Cuando lo creímos a distancia, rompimos el melancólico silencio que habíamos mantenido durante toda la noche y llenamos el palacio con nuestros lamentos y gemidos.

»Pasamos el día atravesando la isla, sustentándonos con frutas y hierbas como habíamos hecho el día anterior. Por la noche buscamos algún lugar de refugio, pero no encontramos ninguno; de modo que nos vimos forzados, quisiéramos o no, a volver al palacio.

»El gigante no dejó de regresar y cenó una vez más con uno de nuestros compañeros, después de lo cual durmió y roncó hasta el día, y luego salió y nos dejó como antes. Nuestra situación nos pareció tan espantosa que varios de mis camaradas pensaron en arrojarse al mar, en lugar de morir una muerte tan dolorosa, a lo que uno de la compañía respondió que sería mucho más razonable idear algún método para librarnos del monstruo.

»Habiendo pensado en un proyecto para este propósito, se lo comuniqué a mis camaradas, quienes lo aprobaron.

—Hermanos —dije—, sabéis que hay mucha madera flotando en la costa; si seguís mi consejo, hagamos varias balsas capaces de transportarnos. Mientras tanto, llevaremos a cabo el plan que os propuse para nuestra liberación del gigante, y si tiene éxito, podremos permanecer aquí pacientemente esperando la llegada de algún barco; pero si fracasa, tomaremos nuestras balsas y nos haremos a la mar.

»Mi consejo fue aprobado, y construimos balsas capaces de llevar a tres personas cada una.

»Regresamos al palacio hacia la noche, y el gigante llegó poco después. Nos vimos obligados a presenciar cómo otro de nuestros camaradas era asado, pero finalmente nos vengamos del brutal gigante de la siguiente manera. Después de que terminó su cena, se tumbó de espaldas y se durmió. Tan pronto como lo oímos roncar, según su costumbre, nueve de los más audaces entre nosotros, y yo mismo, tomamos cada uno un asador y, poniendo las puntas en el fuego hasta que estuvieron al rojo vivo, se las clavamos en su ojo todas a la vez y lo cegamos. El dolor le hizo soltar un grito espantoso: se levantó de un salto y extendió las manos para sacrificar a algunos de nosotros a su ira, pero corrimos a lugares que él no podía alcanzar; y después de habernos buscado en vano, buscó a tientas la puerta y salió, aullando de agonía.

»Abandonamos el palacio después del gigante y llegamos a la orilla, donde habíamos dejado nuestras balsas, y las pusimos inmediatamente en el mar. Esperamos hasta el día para subir a ellas en caso de que el gigante viniera hacia nosotros con algún guía de su propia especie; pero esperábamos que si no aparecía al amanecer y cesaba en sus aullidos, que todavía oíamos, estaría muerto; y si eso sucedía, decidimos quedarnos en esa isla y no arriesgar nuestras vidas en las balsas. Pero apenas había aparecido el día cuando percibimos a nuestro cruel enemigo, acompañado de otros dos casi

del mismo tamaño, guiándolo; y un gran número más venía delante de él a paso rápido.

»No dudamos en tomar nuestras balsas y hacernos a la mar con toda la velocidad que pudimos. Los gigantes, que percibieron esto, cogieron grandes piedras y, corriendo a la orilla, entraron en el agua hasta la mitad y las arrojaron con tal precisión que hundieron todas las balsas excepto la mía; y todos mis compañeros, excepto los dos que estaban conmigo, se ahogaron. Remamos con todas nuestras fuerzas y escapamos de los gigantes, pero cuando salimos al mar quedamos expuestos a la merced de las olas y los vientos, y pasamos esa noche y el día siguiente bajo la más dolorosa incertidumbre sobre nuestro destino; pero a la mañana siguiente tuvimos la buena fortuna de ser arrojados a una isla, donde desembarcamos con mucha alegría. Encontramos excelentes frutas, que nos proporcionaron un gran alivio y reclutaron nuestras fuerzas.

»Por la noche nos fuimos a dormir a la orilla del mar; pero nos despertó el ruido de una serpiente de una longitud y un grosor sorprendentes, cuyas escamas hacían un ruido de roce mientras se deslizaba. Se tragó a uno de mis camaradas, a pesar de sus fuertes gritos y los esfuerzos que hizo por librarse de ella; golpeándolo varias veces contra el suelo, lo aplastó, y pudimos oírla roer y desgarrar los huesos del pobre desgraciado, aunque habíamos huido a una distancia considerable.

»Mientras caminábamos, al volver el día, vimos un árbol alto, en el que pensamos pasar la noche siguiente para nuestra seguridad; y habiendo saciado nuestra hambre con fruta, subimos a él antes de que cayera el crepúsculo. Poco después, la serpiente llegó silbando al pie del árbol; se irguió contra el tronco y, encontrando a mi camarada, que estaba sentado más bajo que yo, se lo tragó de una vez y se fue.

»Permanecí en el árbol hasta que amaneció, y luego bajé, más parecido a un muerto que a un vivo, esperando la misma suerte que mis dos compañeros. Esto me llenó de horror, y avancé unos pasos

para arrojarme al mar; pero resistí este dictado de la desesperación y me sometí a la voluntad de Dios.

»Mientras tanto, recogí una gran cantidad de leña menuda, zarzas y espinas secas, y haciéndolas en fajos, hice un amplio círculo con ellas alrededor del árbol, y también até algunas de ellas a las ramas sobre mi cabeza. Habiendo hecho esto, cuando llegó la noche, me encerré dentro de este círculo, sintiendo que no había descuidado nada que pudiera preservarme del cruel destino con el que estaba amenazado. La serpiente no dejó de venir a la hora habitual, y dio la vuelta al árbol, buscando una oportunidad para devorarme, pero fue impedida por la muralla que había hecho; de modo que yació hasta el día, como un gato esperando en vano a un ratón que afortunadamente ha alcanzado un lugar seguro. Cuando apareció el día se retiró, pero no me atreví a dejar mi fuerte hasta que salió el sol.

»Me sentí tan fatigado por el trabajo que me había costado, y sufrí tanto por el aliento venenoso de la serpiente, que la muerte me pareció más elegible que los horrores de tal estado. Bajé del árbol y estaba a punto de arrojarme al mar, cuando Dios se compadeció de mí y percibí un barco a una distancia considerable. Llamé tan fuerte como pude y, tomando el lino de mi turbante, lo desplegué para que pudieran observarme. Esto tuvo el efecto deseado; la tripulación me percibió y el capitán envió su bote por mí. Tan pronto como subí a bordo, los mercaderes y marineros se agolparon a mi alrededor para saber cómo había llegado a esa isla desierta; y después de haberles relatado todo lo que me había sucedido, el más anciano de ellos dijo que a menudo habían oído hablar de los gigantes que habitaban en esa isla, que eran caníbales; y en cuanto a las serpientes, añadieron que había abundancia de ellas que se escondían de día y salían de noche. Después de haber testimoniado su alegría por mi escape de tantos peligros, me trajeron lo mejor de sus provisiones; y el capitán, viendo que estaba en harapos, fue tan generoso como para darme uno de sus propios trajes. Continuamos en el mar durante algún tiempo, atracamos en varias islas y finalmente desembarcamos en la de Salabat, donde se obtiene la madera de

sándalo, que es de gran utilidad en medicina. Entramos en el puerto y echamos el ancla. Los mercaderes comenzaron a descargar sus mercancías para venderlas o cambiarlas. Mientras tanto, el capitán vino a mí y me dijo:

—Hermano, tengo aquí algunas mercancías que pertenecían a un mercader que navegó algún tiempo a bordo de este barco, y como él ha muerto, pienso disponer de ellas en beneficio de sus herederos.

»Las balas de las que hablaba yacían en la cubierta, y mostrándomelas, dijo:

—Ahí están las mercancías; espero que te encargues de venderlas, y tendrás una comisión.

»Le agradecí por darme así la oportunidad de emplearme, porque odiaba estar ocioso.

»El escribano del barco tomó cuenta de todas las balas, con los nombres de los mercaderes a quienes pertenecían, y cuando le preguntó al capitán a nombre de quién debía registrar las que me había encargado:

—Anótalas —dijo el capitán—, a nombre de Simbad.

»No pude oír mi nombre sin cierta emoción; y mirando fijamente al capitán, supe que era la persona que, en mi segundo viaje, me había dejado en la isla donde me quedé dormido.

»No me sorprendió que él, creyéndome muerto, no me reconociera.

—Capitán —dije—, ¿el nombre del mercader al que pertenecían esas balas era Simbad?

—Sí —replicó él—, ese era su nombre; vino de Bagdad y se embarcó en mi navío en Basora.

—¿Lo crees, entonces, muerto? —dije yo.

—Ciertamente —respondió él.

—No, capitán —repliqué—; mírame, y sabrás que soy Simbad.

»El capitán, habiéndome considerado atentamente, me reconoció.

—¡Alabado sea Dios! —dijo, abrazándome—. Me alegro de que la fortuna haya rectificado mi falta. Ahí están tus mercancías, que siempre tuve cuidado de preservar.

»Se las tomé, y le hice los agradecimientos que merecía.

»Desde la isla de Salabat, fuimos a otra, donde me aprovisioné de clavo, canela y otras especias. Al zarpar de esta isla, vimos una tortuga de veinte codos de largo y de ancho. Observamos también un animal anfibio como una vaca, que daba leche; su piel es tan dura que suelen hacer escudos con ella.

»En resumen, después de un largo viaje llegué a Basora, y de allí regresé a Bagdad, con tanta riqueza que no conocía su extensión. Di mucho a los pobres y compré otra considerable propiedad además de la que ya tenía.

Así terminó Simbad la historia de su tercer viaje; dio otros cien sequías a Hindbad, y lo invitó a cenar de nuevo al día siguiente para oír la historia de su cuarta serie de aventuras.

EL CUARTO VIAJE

»Los placeres que disfruté después de mi tercer viaje no tuvieron encantos suficientes para apartarme de otro. Mi pasión por el comercio y mi amor por la novedad prevalecieron de nuevo. Por lo tanto, arreglé mis asuntos y, habiendo provisto un surtido de mercancías adecuadas para el tráfico en el que pensaba participar, partí en mi viaje. Tomé la ruta de Persia, viajé por varias provincias y luego llegué a un puerto, donde me embarqué. Izamos nuestras velas y atracamos en varios puertos del continente, y luego nos hicimos a la mar; cuando nos sorprendió una ráfaga de viento tan

repentina que obligó al capitán a arriar sus vergas y tomar todas las demás precauciones necesarias para prevenir el peligro que nos amenazaba. Pero todo fue en vano; nuestros esfuerzos no surtieron efecto, las velas se rasgaron en mil pedazos y el barco encalló; varios de los mercaderes y marineros se ahogaron, y la carga se perdió.

»Tuve la buena fortuna, junto con varios de los mercaderes y marineros, de subirme a unos tablones, y fuimos llevados por la corriente a una isla que yacía ante nosotros. Allí encontramos fruta y agua de manantial, que nos salvaron la vida. Pasamos toda la noche cerca del lugar donde habíamos naufragado y a la mañana siguiente, tan pronto como salió el sol, adentrándonos en la isla, vimos algunas casas, a las que nos acercamos. Tan pronto como nos aproximamos, nos vimos rodeados por un gran número de negros, que nos apresaron y nos llevaron a sus respectivas moradas.

»A mí y a cinco de mis camaradas nos llevaron a un lugar; allí nos hicieron sentar y nos dieron una cierta hierba, que nos hicieron señas para que comiéramos. Mis camaradas, sin darse cuenta de que los negros no comían de ella, solo pensaron en satisfacer su hambre y comieron con avidez. Pero yo, sospechando algún truco, no quise ni probarla, lo cual fue bueno para mí; pues poco tiempo después, percibí que mis compañeros habían perdido el juicio, y que cuando me hablaban, no sabían lo que decían.

»Los negros nos alimentaron después con arroz, preparado con aceite de coco; y mis camaradas, que habían perdido la razón, comieron de él con avidez. Yo también participé de él, pero muy parcamente. Nos dieron esa hierba al principio a propósito para privarnos de nuestros sentidos, para que no nos diéramos cuenta del triste destino que nos esperaba; y nos proveyeron de arroz para engordarnos; pues, siendo caníbales, su designio era comernos tan pronto como engordáramos. Esto ocurrió en consecuencia, pues devoraron a mis camaradas, que no eran conscientes de su condición; pero estando mis sentidos intactos, podéis fácilmente adivinar que en lugar de engordar, adelgazaba cada día. El miedo a

la muerte que me embargaba me hizo caer en una enfermedad languidescente, que resultó ser mi salvación; pues los negros, habiendo comido a mis compañeros, al verme marchito y enfermo, aplazaron mi muerte.

»Mientras tanto, gocé de mucha libertad, de modo que apenas se fijaban en lo que hacía, y esto me dio la oportunidad un día de alejarme de las casas y escapar. Un anciano, que me vio y sospechó mi intención, me llamó tan fuerte como pudo para que regresara; pero redoblé la velocidad y rápidamente me perdí de vista. En ese momento no había más que el anciano cerca de las casas, el resto estaba fuera y no regresaría hasta la noche, como era habitual en ellos. Por lo tanto, seguro de que no podrían llegar a tiempo para perseguirme, seguí adelante hasta la noche, cuando me detuve para descansar un poco y comer algunas de las provisiones que había asegurado; pero rápidamente me puse en marcha de nuevo y viajé siete días, evitando los lugares que parecían habitados, y viví la mayor parte del tiempo de cocos, que me servían tanto de comida como de bebida. Al octavo día me acerqué al mar y vi a unas personas blancas como yo, recogiendo pimienta, de la que había gran abundancia en ese lugar. Tomé esto como un buen augurio y me acerqué a ellos sin ningún escrúpulo. Vinieron a mi encuentro tan pronto como me vieron y me preguntaron en árabe quién era y de dónde venía. Me alegré mucho de oírlos hablar en mi propio idioma y satisface su curiosidad dándoles cuenta de mi naufragio y de cómo caí en manos de los negros.

—Esos negros —respondieron ellos— comen hombres, ¿y por qué milagro escapaste de su crueldad?

»Les relaté las circunstancias que acabo de mencionar, de las que quedaron maravillosamente sorprendidos.

»Me quedé con ellos hasta que hubieron recogido su cantidad de pimienta, y luego navegué con ellos a la isla de la que habían venido. Me presentaron a su rey, que era un buen príncipe. Tuvo la paciencia de escuchar el relato de mis aventuras; y después me dio ropas y ordenó que se cuidara de mí.

»La isla estaba muy bien poblada, abundante en todo, y la capital era un lugar de gran comercio. Este agradable retiro fue muy reconfortante para mí después de mis infortunios, y la amabilidad de este generoso príncipe completó mi satisfacción. En una palabra, no había persona más favorecida por él que yo mismo; y, en consecuencia, todo hombre en la corte y la ciudad buscaba complacerme; de modo que en muy poco tiempo fui considerado más como un nativo que como un extranjero.

»Observé una cosa que me pareció muy extraordinaria. Toda la gente, sin exceptuar al rey mismo, montaba sus caballos sin brida ni estribos. Esto me hizo tomarme un día la libertad de preguntarle al rey por qué ocurría. Su Majestad respondió que le hablaba de cosas cuyo uso nadie conocía en sus dominios.

»Fui inmediatamente a un artesano y le di un modelo para hacer la estructura de una silla de montar. Cuando estuvo hecho, la cubrí yo mismo con terciopelo y cuero, y la bordé con oro. Después fui a un herrero, que me hizo un bocado, según el patrón que le mostré, y también unos estribos. Cuando tuve todas las cosas completas, se las presenté al rey y las puse en uno de sus caballos. Su Majestad montó inmediatamente y quedó tan complacido con ellas que testificó su satisfacción con grandes presentes.

»Como rendía mi corte muy constantemente al rey, me dijo un día:

—Simbad, te amo y tengo una cosa que pedirte, que debes concederme.

—Señor —respondí yo—, no hay nada que no haga, como muestra de mi obediencia a Vuestra Majestad.

—Tengo en mente que te cases —replicó él—, para que así te quedes en mis dominios y no pienses más en tu propio país.

»No me atreví a resistir la voluntad del príncipe, y me dio a una de las damas de su corte, noble, hermosa y rica. Terminadas las ceremonias del matrimonio, fui a vivir con mi esposa, y durante algún tiempo vivimos juntos en perfecta armonía. No estaba, sin

embargo, satisfecho con mi destierro, por lo que planeé escapar en la primera oportunidad y regresar a Bagdad.

»En ese tiempo, la esposa de uno de mis vecinos enfermó y murió. Fui a verle y consolarle en su aflicción, y encontrándolo absorto en la tristeza, le dije tan pronto como lo vi:

—Que Dios te preserve y te conceda una larga vida.

—¡Ay! —replicó él—, ¿cómo crees que podría obtener el favor que me deseas? No me queda más de una hora de vida.

—Por favor —dije yo—, no albergues un pensamiento tan melancólico; espero disfrutar de tu compañía muchos años.

—Te deseo —respondió él— una larga vida; pero mis días han llegado a su fin, pues debo ser enterrado hoy con mi esposa. Esta es una ley que nuestros antepasados establecieron en esta isla, y siempre se observa. El esposo vivo es enterrado con la esposa muerta, y la esposa viva con el esposo muerto. Nada puede salvarme; todos deben someterse a esta ley.

»Mientras me daba cuenta de esta bárbara costumbre, cuya sola relación me helaba la sangre, sus parientes, amigos y vecinos llegaron en grupo para asistir al funeral. Vistieron el cadáver de la mujer con sus ropas más ricas y todas sus joyas, como si fuera el día de su boda; luego la colocaron en un ataúd abierto y comenzaron su marcha hacia el lugar del entierro, con el esposo caminando a la cabeza de la compañía. Se dirigieron a una alta montaña, y cuando llegaron a su destino, levantaron una gran piedra que cubría la boca de un pozo profundo y bajaron el cadáver con todas sus ropas y joyas. Luego el esposo, abrazando a sus parientes y amigos, se dejó, sin resistencia, meter en otro ataúd abierto con una jarra de agua y siete panes pequeños, y fue bajado de la misma manera. Terminada la ceremonia, la abertura fue cubierta de nuevo con la piedra, y la compañía regresó.

»No es necesario decir que fui un melancólico espectador de este funeral, mientras que los demás apenas se conmovieron, tan

familiar les era la costumbre. No pude evitar comunicar al rey mis sentimientos respecto a la práctica:

—Señor —dije—, no puedo menos que sentirme asombrado por la extraña usanza observada en este país, de enterrar a los vivos con los muertos. He sido un gran viajero y he visto muchos países, pero nunca oí hablar de una ley tan cruel.

—¿Qué quieres decir, Simbad? —replicó el rey—. Es una ley común. Yo seré enterrado con la reina, mi esposa, si ella muere primero.

—Pero, señor —dije yo—, ¿puedo atreverme a preguntar a Vuestra Majestad si los extranjeros están obligados a observar esta ley?

—Sin duda —respondió el rey—; no están exentos, si se casan en esta isla.

»Regresé a casa muy deprimido por esta respuesta; pues el temor de que mi esposa muriera primero y de que yo fuera enterrado vivo con ella, me ocasionó reflexiones muy inquietantes. Pero no había remedio; debía tener paciencia y someterme a la voluntad de Dios. Temblaba, sin embargo, ante cada pequeña indisposición de mi esposa, y, ¡ay!, en poco tiempo mis temores se hicieron realidad, pues ella enfermó y murió.

»El rey y toda su corte expresaron su deseo de honrar el funeral con su presencia, y las personas más considerables de la ciudad hicieron lo mismo. Cuando todo estuvo listo para la ceremonia, el cadáver fue puesto en un ataúd con todas sus joyas y sus más magníficas vestiduras. La procesión comenzó, y como segundo actor en esta lúgubre tragedia, fui junto al cadáver, con los ojos llenos de lágrimas, lamentando mi deplorable destino. Antes de llegar a la montaña, intenté conmover las mentes de los espectadores: me dirigí primero al rey y luego a todos los que me rodeaban; inclinándome ante ellos hasta el suelo y besando el borde de sus vestiduras, les rogué que tuvieran compasión de mí.

—Considerad —dije— que soy un extranjero y no debo estar sujeto a esta rigurosa ley, y que tengo otra esposa e hijos en mi

propio país.

»Aunque hablé de la manera más patética, nadie se conmovió por mi discurso; por el contrario, ridiculizaron mi temor a la muerte como cobarde, se apresuraron a bajar el cadáver de mi esposa al pozo y me bajaron al momento siguiente en un ataúd abierto con una vasija llena de agua y siete panes.

»A medida que me acercaba al fondo, descubrí, con la ayuda de la poca luz que venía de arriba, la naturaleza de este lugar subterráneo; parecía una caverna sin fin, y podría tener unas cincuenta brazas de profundidad.

»En lugar de perder el valor y llamar a la muerte en mi ayuda en esa miserable condición, sin embargo, sentí todavía una inclinación a vivir y a hacer todo lo que pudiera para prolongar mis días. Fui a tientas, buscando el pan y el agua que había en mi ataúd, y tomé un poco. Aunque la oscuridad de la cueva era tan grande que no podía distinguir el día y la noche, siempre encontraba mi ataúd de nuevo, y la cueva parecía ser más espaciosa de lo que parecía al principio. Viví durante algunos días de mi pan y agua, que, habiéndose agotado, finalmente me preparé para la muerte.

»Estaba ofreciendo mis últimas devociones cuando oí algo pisar, y respirar o jadear mientras caminaba. Avancé hacia el lado de donde oía el ruido, y a mi acercamiento la criatura resopló y sopló más fuerte, como si huyera de mí. Seguí el ruido, y la cosa parecía detenerse a veces, pero siempre huía y soplaba a medida que me acercaba. La perseguí durante un tiempo considerable, hasta que al final percibí una luz, semejante a una estrella; seguí adelante, a veces la perdía de vista, pero siempre la encontraba de nuevo, y finalmente descubrí que venía a través de un agujero en la roca, lo suficientemente grande como para que pasara un hombre.

»Ante esto, me detuve un tiempo para descansar, estando muy fatigado por la rapidez de mi progreso; después, llegando al agujero, lo atravesé y me encontré en la orilla del mar. Os dejo adivinar el

exceso de mi alegría: fue tal que apenas podía persuadirme de que todo no era un sueño.

»Pero cuando me recuperé de mi sorpresa y me convencí de la realidad de mi escape, percibí que lo que había seguido era una criatura que salía del mar y estaba acostumbrada a entrar en la caverna cuando las mareas eran altas.

»Examiné la montaña y descubrí que estaba situada entre el mar y la ciudad, pero sin ningún pasaje o comunicación con esta última; las rocas del lado del mar eran altas y perpendicularmente escarpadas. Me postré en la orilla para dar gracias a Dios por esta merced, y después entré de nuevo en la cueva para buscar pan y agua, que comí a la luz del día con mejor apetito del que había tenido desde mi entierro en la oscura caverna.

»Regresé allí una segunda vez y busqué a tientas entre los ataúdes todos los diamantes, rubíes, perlas, brazaletes de oro y ricas telas que pude encontrar; los llevé a la orilla y, atándolos cuidadosamente en balas, los dejé juntos en la playa, esperando a que apareciera algún barco.

»Después de dos o tres días, percibí un barco que acababa de salir del puerto, dirigiéndose hacia el lugar donde yo estaba. Hice una señal con el lino de mi turbante y llamé a la tripulación tan fuerte como pude. Me oyeron y enviaron un bote para llevarme a bordo, donde me preguntaron por qué infortunio había llegado allí; les dije que había sufrido un naufragio dos días antes y que me las había arreglado para llegar a la orilla con las mercancías que veían. Fue una suerte para mí que esta gente no considerara el lugar donde estaba, ni investigara la probabilidad de lo que les dije; sino que, sin dudarlo, me tomaron a bordo. Cuando llegué al barco, el capitán estaba tan complacido de haberme salvado, y tan ocupado con sus propios asuntos, que también dio por cierta la historia de mi pretendido naufragio, y generosamente rehusó algunas joyas que le ofrecí.

»Pasamos por varias islas, y entre otras la llamada isla de las Campanas, a unos diez días de navegación de Serendib, y a seis de la de Kela, donde desembarcamos. Esta isla produce minas de plomo, cañas de la India y excelente alcanfor.

»El Rey de la isla de Kela es muy rico y poderoso, y la isla de las Campanas, que tiene unos dos días de viaje de extensión, también está sujeta a él. Los habitantes son tan bárbaros que todavía comen carne humana. Después de haber terminado nuestro tráfico en esa isla, nos hicimos a la mar de nuevo y atracamos en varios otros puertos; finalmente llegué felizmente a Bagdad con infinitas riquezas. En gratitud a Dios por Sus mercedes, contribuí generosamente al sostenimiento de varias mezquitas y al sustento de los pobres, y me entregué a la sociedad de mis parientes y amigos, disfrutando con ellos de festividades y diversiones.

Aquí Simbad terminó la relación de su cuarto viaje. Hizo un nuevo presente de cien sequíes a Hindbad, a quien rogó que regresara con los demás al día siguiente a la misma hora para cenar con él y escuchar la historia de su quinto viaje. Hindbad y los demás invitados se despidieron y se retiraron. A la mañana siguiente, cuando todos se reunieron, se sentaron a la mesa, y cuando la cena terminó, Simbad comenzó la relación de su quinto viaje de la siguiente manera:

EL QUINTO VIAJE

»Todos los problemas y calamidades que había sufrido —dijo—, no pudieron curarme de mi inclinación a hacer nuevos viajes. Por lo tanto, compré mercancías, partí con ellas hacia el mejor puerto marítimo; y para no estar obligado a depender de un capitán, sino tener un barco a mi propio mando, permanecí allí hasta que se

construyó uno a propósito. Cuando el barco estuvo listo, subí a bordo con mis mercancías; pero al no tener suficientes para cargarlo, acordé llevar conmigo a varios mercaderes de diferentes naciones con sus mercancías.

»Zarpamos con el primer viento favorable y, después de una larga navegación, el primer lugar en el que atracamos fue una isla desierta, donde encontramos un huevo de roc, de igual tamaño al que mencioné anteriormente. Había un joven roc en él a punto de nacer, y su pico había comenzado a asomar. Los mercaderes que había tomado a bordo, y que desembarcaron conmigo, rompieron el huevo con hachas, sacaron al joven roc, trozo a trozo, y lo asaron. Les había suplicado encarecidamente que no tocaran el huevo, pero no quisieron escucharme.

»Apenas habían terminado su comida, cuando aparecieron en el aire, a una distancia considerable de nosotros, dos grandes nubes. El capitán que había contratado para navegar mi barco, dijo que eran el roc macho y hembra que pertenecían al joven, y nos instó a reembarcar con toda velocidad para evitar la desgracia que, de lo contrario, veía que nos sucedería. Nos apresuramos a bordo y zarpamos con toda la expedición posible.

»Mientras tanto, los dos rocs se acercaron con un ruido espantoso, que redoblaron cuando vieron el huevo roto y a su cría desaparecida. Volaron de regreso en la dirección por la que habían venido y desaparecieron durante algún tiempo, mientras nosotros hacíamos toda la vela que podíamos para intentar evitar lo que desgraciadamente nos sucedió.

»Pronto regresaron, y observamos que cada uno de ellos llevaba entre sus garras rocas de un tamaño monstruoso. Cuando estuvieron directamente sobre mi barco, se cernieron, y uno de ellos dejó caer una piedra, pero por la destreza del timonel nos esquivó. El otro roc, para nuestra desgracia, arrojó su carga tan exactamente sobre el centro del barco que lo partió en mil pedazos. Los marineros y pasajeros murieron aplastados o se hundieron. Yo mismo fui uno de estos últimos; pero al volver a subir,

afortunadamente me agarré a un trozo del naufragio y, nadando a veces con una mano y a veces con la otra, llegué a una isla y alcancé la orilla a salvo.

»Me senté sobre la hierba para recuperarme de mi fatiga, después de lo cual me adentré en la isla para explorarla. Encontré árboles por todas partes, algunos con frutos verdes y otros maduros, y arroyos de agua fresca y pura. Comí de los frutos, que encontré excelentes, y bebí del agua, que era muy buena.

»Cuando me había adentrado un poco en la isla, vi a un anciano, que parecía muy débil y enfermo. Estaba sentado a la orilla de un arroyo, y al principio lo tomé por uno que había naufragado como yo. Me acerqué a él y lo saludé, pero él solo inclinó ligeramente la cabeza. Le pregunté por qué estaba tan quieto, pero en lugar de responderme, me hizo una seña para que lo tomara sobre mi espalda y lo llevara al otro lado del arroyo, indicando que era para recoger fruta.

»Creí que realmente necesitaba mi ayuda, lo tomé sobre mi espalda y, habiéndolo cruzado, le dije que bajara, y para ello me agaché, para que pudiera bajar con facilidad; pero en lugar de hacerlo (de lo cual me río cada vez que lo pienso) el anciano, que a mí me parecía completamente decrepito, me rodeó el cuello ágilmente con sus piernas. Se sentó a horcajadas sobre mis hombros y me apretó la garganta con tanta fuerza que pensé que me estrangularía, cuya aprensión me hizo desmayar y caer.

»A pesar de mi desmayo, el malvado anciano se mantuvo firme alrededor de mi cuello, pero abrió un poco las piernas para darme tiempo a recuperar el aliento. Cuando lo hube hecho, me clavó uno de sus pies en el estómago y me golpeó tan bruscamente en el costado con el otro que me obligó a levantarme contra mi voluntad. Una vez de pie, me hizo caminar bajo los árboles y me obligó de vez en cuando a detenerme para recoger y comer fruta. No me dejó en todo el día, y cuando me acostaba a descansar por la noche, se acostaba conmigo, siempre sujeto firmemente a mi cuello. Cada

mañana me empujaba para despertarme, y después me obligaba a levantarme y caminar, y me presionaba con sus pies.

»Un día encontré en mi camino varias calabazas secas que habían caído de un árbol. Tomé una grande y, después de limpiarla, exprimí en ella un poco de jugo de uvas, que abundaban en la isla; habiendo llenado la calabaza, la guardé en un lugar conveniente, y volviendo allí algunos días después, la probé y encontré el vino tan bueno que pronto me hizo olvidar mi pena, me dio nuevo vigor y me alegró tanto el espíritu que empecé a cantar y a bailar mientras caminaba.

»El anciano, percibiendo el efecto que este licor tenía sobre mí, y que lo llevaba con más facilidad que antes, me hizo una seña para que le diera un poco. Le pasé la calabaza, y el licor, agradando a su paladar, se lo bebió todo. Habiendo una cantidad considerable, se embriagó, y los vapores subiéndole a la cabeza, empezó a cantar a su manera y a bailar, aflojando así sus piernas de alrededor de mí poco a poco. Al ver que no me presionaba como antes, lo arrojé al suelo, donde yació sin movimiento; entonces tomé una gran piedra y lo aplasté.

»Me alegré extremadamente de librarme así para siempre de este molesto individuo. Caminé entonces hacia la playa, donde me encontré con la tripulación de un barco que había echado el ancla para tomar agua. Se sorprendieron al verme, pero más aún al oír los detalles de mis aventuras.

—Caíste —dijeron— en manos del Viejo del Mar, y eres el primero que escapa de ser estrangulado por sus maliciosos trucos. Nunca suelta a aquellos de los que se ha apoderado hasta que los ha destruido, y ha hecho famosa esta isla por el número de hombres que ha matado.

»Después de haberme informado de estas cosas, me llevaron con ellos al barco, y el capitán me recibió con gran amabilidad cuando le contaron lo que me había sucedido. Se hizo de nuevo a la mar y, después de algunos días de navegación, llegamos al puerto de una gran ciudad.

»Uno de los mercaderes que me había tomado en su amistad me invitó a ir con él, y me llevó a un lugar destinado al alojamiento de mercaderes extranjeros. Me dio una bolsa grande y, habiéndome recomendado a algunas personas de la ciudad que solían recoger cocos, les pidió que me llevaran con ellos.

—Ve —dijo él—, síguelos y actúa como los veas hacer, pero no te separes de ellos, de lo contrario podrías poner en peligro tu vida.

»Habiendo dicho esto, me dio provisiones para el viaje, y fui con ellos.

»Llegamos a un espeso bosque de cocoteros, muy altos, con troncos tan lisos que no era posible trepar a las ramas que daban el fruto. Cuando entramos en el bosque vimos un gran número de monos de varios tamaños, que huyeron tan pronto como nos percibieron y treparon a la cima de los árboles con una rapidez sorprendente.

»Los mercaderes con los que iba recogieron piedras y se las arrojaron a los monos en los árboles. Yo hice lo mismo, y los monos, por venganza, nos arrojaron cocos tan rápido y con tales gestos que testificaban suficientemente su ira y resentimiento. Recogimos los cocos, y de vez en cuando arrojábamos piedras para provocar a los monos; de modo que con esta estratagema llenamos nuestras bolsas de cocos, lo que de otro modo habría sido imposible.

»Cuando hubimos recogido nuestro número, regresamos a la ciudad, donde el mercader que me había enviado al bosque me dio el valor de los cocos que traje.

—Sigue así —dijo él—, y haz lo mismo todos los días, hasta que hayas conseguido suficiente dinero para llevarte a casa.

»Le agradecí su consejo y gradualmente recogí tantos cocos como me produjeron una suma considerable.

»El barco en el que había venido zarpó con algunos mercaderes que lo cargaron de cocos. Embarqué en él todos los cocos que tenía,

y cuando estuvo listo para zarpar me despedí del mercader que había sido tan amable conmigo.

»Navegamos hacia las islas donde la pimienta crece en gran abundancia. De allí fuimos a la isla de Comari, donde crece la mejor especie de madera de áloe. Cambié mis cocos en esas dos islas por pimienta y madera de áloe, y fui con otros mercaderes a pescar perlas. Contraté buzos, que me sacaron algunas que eran muy grandes y puras. Me embarqué en un barco que felizmente llegó a Basora; de allí regresé a Bagdad, donde obtuve vastas sumas de mi pimienta, madera de áloe y perlas. Di la décima parte de mis ganancias en limosnas, como había hecho a mi regreso de mis otros viajes, y me esforcé por disipar mis fatigas con diversiones de diferentes tipos.

Cuando Simbad terminó su historia, ordenó que se dieran cien sequías a Hindbad, quien se retiró con los demás invitados; pero a la mañana siguiente la misma compañía regresó a cenar; entonces Simbad solicitó su atención y dio el siguiente relato de su sexto viaje:

EL SEXTO VIAJE

»Deseáis sin duda saber —dijo— cómo, después de haber naufragado cinco veces y escapado de tantos peligros, pude resolverme de nuevo a tentar a la fortuna y exponerme a nuevas penalidades. Yo mismo me asombro de mi conducta cuando reflexiono sobre ella, y ciertamente debí ser impulsado por mi destino. Pero sea como fuere, después de un año de descanso me preparé para un sexto viaje, a pesar de las súplicas de mis parientes, que hicieron todo lo posible por disuadirme.

»En lugar de tomar mi camino por el Golfo Pérsico, viajé una vez más por varias provincias de Persia y las Indias, y llegué a un puerto marítimo, donde me embarqué en un navío, cuyo capitán se dirigía a un largo viaje. Fue largo en verdad, pues el capitán y el piloto perdieron el rumbo. Sin embargo, al final descubrieron dónde estaban, pero no teníamos motivos para alegrarnos por la circunstancia. De repente vimos al capitán abandonar su puesto, profiriendo fuertes lamentos. Se quitó el turbante, se arrancó la barba y se golpeó la cabeza como un loco. Le preguntamos la razón, y respondió que estaba en el lugar más peligroso de todo el océano.

—Una corriente rápida arrastra el barco consigo —dijo—, y todos pereceremos en menos de un cuarto de hora. Rezad a Dios para que nos libre de este peligro; no podemos escapar si Él no se compadece de nosotros.

»A estas palabras, ordenó arriar las velas; pero todas las cuerdas se rompieron, y el barco fue llevado por la corriente al pie de una montaña inaccesible, donde chocó y se hizo pedazos, pero de tal manera que salvamos nuestras vidas, nuestras provisiones y lo mejor de nuestras mercancías.

»Terminado esto, el capitán nos dijo:

—Dios ha hecho lo que le ha placido. Cada uno de nosotros puede cavar su tumba y despedirse del mundo; pues estamos todos en un lugar tan fatal que ninguno de los que naufragaron aquí regresó jamás a sus hogares.

»Su discurso nos afligió sensiblemente, y nos abrazamos unos a otros, lamentando nuestra deplorable suerte.

»La montaña al pie de la cual naufragamos formaba parte de la costa de una isla muy grande. Estaba cubierta de restos de naufragios, de huesos humanos y de una vasta cantidad de mercancías y riquezas. En todos los demás lugares, los ríos corren de sus cauces hacia el mar, pero aquí un río de agua dulce sale del mar hacia una oscura caverna, cuya entrada es muy alta y espaciosa. Lo más notable de este lugar es que las piedras de la

montaña son de cristal, rubíes u otras piedras preciosas. Aquí hay también una especie de fuente de brea o betún, que corre hacia el mar, que los peces tragan y convierten en ámbar gris; y esto las olas lo arrojan a la playa en grandes cantidades. También crecen aquí árboles, la mayoría de los cuales son de madera de áloe, de igual bondad que los de Comari.

»Para terminar la descripción de este lugar, que bien puede llamarse un abismo, ya que nada regresa jamás de él, no es posible que los barcos salgan una vez que se acercan a cierta distancia. Si son impulsados hacia allí por un viento del mar, el viento y la corriente los impelen; y si entran en él cuando sopla un viento de tierra, la altura de la montaña detiene el viento y ocasiona una calma, de modo que la fuerza de la corriente los lleva a la orilla; y lo que completa la desgracia es que no hay posibilidad de ascender la montaña o de escapar por mar.

»Permanecemos en la orilla en un estado de desesperación, y esperábamos la muerte cada día. Al principio dividimos nuestras provisiones tan equitativamente como pudimos, y así cada uno vivió un tiempo más o menos largo, según su templanza y el uso que hizo de sus provisiones.

»Sobreviví a todos mis compañeros, pero cuando enterré al último, me quedaban tan pocas provisiones que pensé que no podría resistir mucho tiempo y cavé una tumba, resuelto a acostarme en ella porque no quedaba nadie para enterrarme.

»Pero plugo a Dios una vez más compadecerse de mí, y me inspiró a ir a la orilla del río que corría hacia la gran caverna. Considerando su probable curso con gran atención, me dije a mí mismo: "Este río, que corre así bajo tierra, debe tener en algún lugar una salida. Si hago una balsa y me dejo llevar por la corriente, me transportará a algún país habitado, o pereceré. Si me ahogo, no pierdo nada, sino que solo cambio un tipo de muerte por otro".

»Inmediatamente me puse a trabajar con grandes trozos de madera y cables, pues tenía abundancia de ellos, y los até tan

fuertemente que pronto hice una balsa muy sólida. Cuando la terminé, la cargué con rubíes, esmeraldas, ámbar gris, cristal de roca y balas de ricas telas. Habiendo equilibrado mi carga exactamente y sujetándola bien a la balsa, subí a bordo con dos remos que había hecho, y dejándome llevar por el curso del río, me entregué a la voluntad de Dios.

»Tan pronto como entré en la caverna perdí toda luz, y la corriente me llevó no sé a dónde. Así floté algunos días en perfecta oscuridad, y una vez encontré el arco tan bajo que casi me tocó la cabeza, lo que me hizo ser cauto después para evitar un peligro similar. Todo este tiempo no comí más que lo necesario para sustentar la naturaleza; sin embargo, a pesar de mi frugalidad, todas mis provisiones se agotaron. Entonces un agradable estupor se apoderó de mí. No puedo decir cuánto tiempo duró; pero cuando reviví, me sorprendió encontrarme en una extensa llanura a la orilla de un río, donde mi balsa estaba atada, en medio de un gran número de negros. Me levanté tan pronto como los vi y los saludé. Me hablaron, pero no entendí su idioma. Estaba tan transportado de alegría que no sabía si estaba dormido o despierto; pero persuadido de que no estaba dormido, recité en voz alta las siguientes palabras en árabe: "Invoca al Todopoderoso, Él te ayudará; no necesitas preocuparte por nada más: cierra los ojos, y mientras duermes, Dios cambiará tu mala fortuna en buena".

»Uno de los negros, que entendía árabe, al oírme hablar así, se acercó a mí y dijo:

—Hermano, no te sorprendas de vernos; somos habitantes de este país y hemos venido hoy aquí para regar nuestros campos. Observamos algo flotando sobre el agua y, percibiendo tu balsa, uno de nosotros nadó hasta el río y la trajo aquí, donde la sujetamos, como ves, hasta que despertaras. Por favor, cuéntanos tu historia, pues debe ser extraordinaria; ¿cómo te aventuraste en este río y de dónde vienes?

»Les rogué primero que me dieran algo de comer, y luego satisfacería su curiosidad. Me dieron varios tipos de comida, y cuando

hube saciado mi hambre, les relaté todo lo que me había sucedido, lo cual escucharon con atenta sorpresa. Tan pronto como terminé, me dijeron, por medio de la persona que hablaba árabe y les interpretaba lo que yo decía, que era una de las historias más maravillosas que jamás habían oído, y que debía ir con ellos y contársela yo mismo a su rey; pues era demasiado extraordinaria para ser relatada por otro que no fuera la persona a quien le habían ocurrido los acontecimientos.

»Inmediatamente enviaron a por un caballo, que fue traído en poco tiempo; y habiéndome ayudado a montar, algunos de ellos caminaron delante para mostrar el camino, mientras que el resto tomó mi balsa y mi carga y los siguió.

»Marchamos hasta que llegamos a la capital de Serendib, pues fue en esa isla donde había desembarcado. Los negros me presentaron a su rey; me acerqué a su trono y lo saludé como solía hacer con los reyes de las Indias; es decir, me postré a sus pies. El príncipe me ordenó que me levantara, me recibió con aire amable y me hizo sentar cerca de él.

»Relaté al rey todo lo que os he contado, y su majestad quedó tan sorprendido y complacido que ordenó que mis aventuras se escribieran con letras de oro y se guardaran en los archivos de su reino. Finalmente, trajeron mi balsa y abrieron las balsas en su presencia: admiró la cantidad de madera de áloe y ámbar gris; pero, sobre todo, los rubíes y esmeraldas, pues no tenía ninguno en su tesoro que los igualara.

»Observando que miraba mis joyas con placer, me postré a sus pies y me tomé la libertad de decirle:

—Señor, no solo mi persona está al servicio de Vuestra Majestad, sino también la carga de la balsa, y le rogaría que dispusiera de ella como si fuera suya.

»Me respondió con una sonrisa:

—Simbad, me cuidaré de no codiciar nada tuyo, ni de quitarte nada que Dios te haya dado; lejos de disminuir tu riqueza, pretendo

aumentarla, y no te dejaré abandonar mis dominios sin muestras de mi liberalidad.

»Luego encargó a uno de sus oficiales que cuidara de mí, y ordenó a gente que me sirviera a sus expensas. El oficial fue muy fiel en el cumplimiento de su comisión, e hizo que todas las mercancías fueran llevadas a los alojamientos provistos para mí.

»Iba todos los días a una hora fija para hacer mi corte al rey, y pasaba el resto de mi tiempo viendo la ciudad y lo que era más digno de atención.

»La capital de Serendib se encuentra al final de un hermoso valle, en medio de la isla, rodeada por las montañas más altas del mundo. Abundan los rubíes y varios tipos de minerales, y las rocas están en su mayor parte compuestas por una piedra metálica que se utiliza para cortar y pulir otras piedras preciosas. Allí crecen todo tipo de plantas y árboles raros, especialmente cedros y cocoteros. También hay una pesquería de perlas en la desembocadura de su río principal; y en algunos de sus valles se encuentran diamantes. Hice, a modo de devoción, una peregrinación al lugar donde Adán fue confinado después de su destierro del Paraíso, y tuve la curiosidad de ir a la cima de la montaña.

»Cuando regresé a la ciudad, rogué al rey que me permitiera volver a mi propio país, y me concedió el permiso de la manera más honorable. Quiso forzarme a aceptar un rico presente; y cuando fui a despedirme de él, me dio uno mucho más considerable, y al mismo tiempo me encargó una carta para el Comendador de los Fieles, nuestro soberano, diciéndome:

—Te ruego que entregues este presente de mi parte, y esta carta, al Califa, y le asegures mi amistad.

»Tomé el presente y la carta y prometí a su majestad ejecutar puntualmente la comisión con la que se había dignado honrarme.

»La carta del Rey de Serendib estaba escrita en la piel de un cierto animal de gran valor, por ser tan escaso y de un color

amarillento. Los caracteres de esta carta eran de azul, y el contenido el siguiente:

"El Rey de las Indias, ante quien marchan cien elefantes, que vive en un palacio que brilla con cien mil rubíes, y que tiene en su tesoro veinte mil coronas enriquecidas con diamantes, al Califa Harún al-Rashid:

"Aunque el presente que te enviamos es insignificante, recíbelo, sin embargo, como un hermano, en consideración a la sincera amistad que te profesamos, y de la cual estamos dispuestos a darte prueba. Deseamos la misma parte en tu amistad, considerando que creemos que es nuestro mérito, siendo de la misma dignidad que tú. Te conjuramos a esto en calidad de hermano. Adiós".

»El presente consistía, primero, en un solo rubí convertido en una copa, de aproximadamente medio pie de altura, una pulgada de grosor, y llena de perlas redondas de media dracma cada una. Segundo, la piel de una serpiente, cuyas escamas eran tan grandes como una pieza de oro ordinaria, y tenía la virtud de preservar de la enfermedad a quienes se acostaban sobre ella. Tercero, cincuenta mil dracmas de la mejor madera de áloe, con treinta granos de alcanfor tan grandes como pistachos. Y, cuarto, una esclava de belleza arrebatadora, cuyas ropas estaban todas cubiertas de joyas.

»El barco zarpó, y después de una navegación muy exitosa desembarcamos en Basora, y de allí fui a Bagdad, donde lo primero que hice fue cumplir con mi comisión.

»Tomé la carta del rey de Serendib y fui a presentarme a la puerta del Comendador de los Fieles, seguido por la bella esclava y aquellos de mi propia familia que llevaban los regalos. Expuse el motivo de mi venida, y fui inmediatamente conducido al trono del califa. Hice mi reverencia y, después de un breve discurso, le entregué la carta y el presente. Cuando hubo leído lo que el rey de Serendib le escribía, me preguntó si el príncipe era realmente tan rico y potente como se representaba en su carta. Me postré por segunda vez y, levantándome de nuevo, dije:

—Comendador de los Fieles, puedo asegurar a Vuestra Majestad que no excede la verdad. Nada es más digno de admiración que la magnificencia de su palacio. Cuando el príncipe aparece en público tiene un trono fijado en el lomo de un elefante, y marcha entre dos filas de sus ministros, favoritos y otras personas de su corte; delante de él, sobre el mismo elefante, un oficial lleva una lanza de oro en la mano; y detrás del trono hay otro, que permanece erguido, con una columna de oro, en cuya cima hay una esmeralda de medio pie de largo y una pulgada de grosor; delante de él marcha una guardia de mil hombres, vestidos con tela de oro y seda, y montados en elefantes ricamente enjaezados.

»Mientras el rey está en marcha, el oficial que va delante de él en el mismo elefante grita de vez en cuando, con voz fuerte: "He aquí el gran monarca, el potente y redomable Sultán de las Indias, cuyo palacio está cubierto con cien mil rubíes, y que posee veinte mil coronas de diamantes. He aquí el monarca más grande que Salomón, y el poderoso Maharajá". Después de haber pronunciado esas palabras, el oficial detrás del trono grita a su vez: "Este monarca, tan grande y tan poderoso, debe morir, debe morir, debe morir". Y el oficial de delante replica: "Alabado sea aquel que vive para siempre".

»Además, el Rey de Serendib es tan justo que no hay jueces en sus dominios. Su pueblo no los necesita. Entienden y observan la justicia rígidamente por sí mismos.

»El califa quedó muy complacido con mi relato.

—La sabiduría de ese rey —dijo—, aparece en su carta, y después de lo que me cuentas, debo confesar que su sabiduría es digna de su pueblo, y su pueblo merece un príncipe tan sabio.

»Habiendo dicho esto, me despidió y me envió a casa con un rico presente.

Simbad se detuvo, y su compañía se retiró, habiendo recibido Hindbad primero cien sequíes; y al día siguiente regresaron para escuchar la relación de su séptimo y último viaje.

EL SÉPTIMO Y ÚLTIMO VIAJE

»Habiendo regresado de mi sexto viaje —dijo Simbad—, dejé absolutamente de lado todo pensamiento de viajar; pues, además de que mi edad ahora requería descanso, estaba resuelto a no exponerme más a riesgos como los que había encontrado; de modo que no pensaba en nada más que en pasar el resto de mis días en tranquilidad. Un día, sin embargo, mientras agasajaba a mis amigos, uno de mis sirvientes vino y me dijo que un oficial del califa preguntaba por mí. Me levanté de la mesa y fui hacia él.

—El califa —dijo—, me ha enviado para decirte que debe hablar contigo.

»Seguí al oficial hasta el palacio, donde, siendo presentado al califa, lo saludé postrándome a sus pies.

—Simbad —me dijo—, necesito tus servicios; debes llevar mi respuesta y mi presente al Rey de Serendib. Es justo que le devuelva su amabilidad.

»Esta orden del califa fue para mí como un trueno.

—Comendador de los Fieles —repliqué—, estoy dispuesto a hacer lo que Vuestra Majestad considere oportuno ordenar; pero le ruego humildemente que considere lo que he sufrido. También he hecho un voto de no salir nunca de Bagdad.

»De ahí aproveché la ocasión para darle un relato completo y detallado de todas mis aventuras, que él tuvo la paciencia de escuchar hasta el final.

»Tan pronto como terminé:

—Confieso —dijo— que las cosas que me cuentas son muy extraordinarias, sin embargo, por mi bien, debes emprender este viaje que te propongo. Solo tendrás que ir a la isla de Serendib y

entregar la comisión que te doy, pues sabes que no se avendría con mi dignidad estar en deuda con el rey de esa isla.

»Al percibir que el califa insistía en mi cumplimiento, me sometí y le dije que estaba dispuesto a obedecer. Quedó muy complacido y me ordenó mil sequíes para los gastos de mi viaje.

»Me preparé para mi partida en pocos días, y tan pronto como me entregaron la carta y el presente del califa, fui a Basora, donde me embarqué y tuve un viaje muy feliz. Habiendo llegado a la isla de Serendib, informé a los ministros del rey de mi comisión y les rogué que me consiguieran una pronta audiencia. Así lo hicieron, y fui conducido al palacio, donde saludé al rey con una postración, según la costumbre. Ese príncipe me reconoció de inmediato y manifestó una gran alegría al verme.

—Simbad —dijo—, eres bienvenido; he pensado muchas veces en ti desde que partiste; bendigo el día en que nos vemos una vez más.

»Le hice mis cumplidos y, después de agradecerle su amabilidad, entregué la carta y el presente del califa, que recibió con toda la satisfacción imaginable.

»El presente del califa era un traje completo de tela de oro, valorado en mil sequíes; cincuenta túnicas de tela rica, cien de tela blanca, la más fina de El Cairo, Suez y Alejandría; una vasija de ágata más ancha que profunda, de una pulgada de grosor y medio pie de ancho, cuyo fondo representaba en bajorrelieve a un hombre con una rodilla en el suelo, que sostenía un arco y una flecha, listo para disparar a un león. Le envió también una rica tablilla que, según la tradición, pertenecía al gran Salomón. La carta del califa era la siguiente:

"Saludos, en nombre del soberano guía del camino recto, del dependiente de Dios, Harún al-Rashid, a quien Dios ha puesto en el lugar de vicerregente de su profeta, después de sus antepasados de feliz memoria, al potente y estimado Rajá de Serendib:

"Recibimos tu carta con alegría, y te enviamos esta desde nuestra residencia imperial, el jardín de los ingenios superiores. Esperamos

que cuando la mires, percibas nuestra buena intención y te complazcas con ella. Adiós".

»El Rey de Serendib quedó muy complacido de que el califa correspondiera a su amistad. Poco tiempo después de esta audiencia, solicité permiso para partir, y tuve mucha dificultad para obtenerlo. Lo conseguí, sin embargo, al final, y el rey, al despedirme, me hizo un presente muy considerable. Me embarqué inmediatamente para regresar a Bagdad, pero no tuve la buena fortuna de llegar allí tan rápidamente como había esperado. Dios lo dispuso de otra manera.

»Tres o cuatro días después de mi partida, fuimos atacados por corsarios, que se apoderaron fácilmente de nuestro barco, porque no era un navío de fuerza. Algunos de la tripulación ofrecieron resistencia, lo que les costó la vida. Pero a mí y al resto, que no fuimos tan imprudentes, los corsarios nos salvaron a propósito para hacernos esclavos.

»Nos despojaron a todos y, en lugar de nuestras propias ropas, nos dieron harapos lamentables y nos llevaron a una isla remota, donde nos vendieron.

»Caí en manos de un rico mercader que, tan pronto como me compró, me llevó a su casa, me trató bien y me vistió elegantemente para ser un esclavo. Algunos días después, sin saber quién era, me preguntó si entendía algún oficio. Respondí que no era mecánico, sino mercader, y que los corsarios que me vendieron me habían robado todo lo que poseía.

—Pero dime —replicó él—, ¿sabes disparar con arco?

»Respondí que el arco era uno de mis ejercicios en mi juventud. Me dio un arco y flechas y, llevándome detrás de él en un elefante, me condujo a un espeso bosque a algunas leguas de la ciudad. Nos adentramos mucho en el bosque, y me ordenó que me apeara; luego, mostrándome un gran árbol:

—Sube a ese —dijo—, y dispara a los elefantes cuando los veas pasar, pues hay un número prodigioso de ellos en este bosque, y si

alguno cae, ven y avísame.

»Habiendo dicho esto, me dejó víveres y regresó a la ciudad, y yo permanecí en el árbol toda la noche.

»No vi ningún elefante durante la noche, pero a la mañana siguiente, tan pronto como salió el sol, percibí un gran número. Disparé varias flechas entre ellos, y finalmente uno de los elefantes cayó, cuando el resto se retiró de inmediato y me dejó en libertad para ir a informar a mi patrón de mi botín. Cuando le hube informado, me dio una buena comida, elogió mi destreza y me agasajó enormemente. Fuimos después juntos al bosque, donde cavamos un hoyo para el elefante; mi patrón tenía la intención de regresar cuando se hubiera descompuesto y tomar sus dientes para comerciar con ellos.

»Continué con este empleo durante dos meses, y mataba un elefante cada día, subiendo a veces a un árbol y a veces a otro. Una mañana, mientras buscaba a los elefantes, percibí con extremo asombro que, en lugar de pasar junto a mí a través del bosque como de costumbre, se detuvieron y vinieron hacia mí con un ruido horrible, en tal número que la llanura quedó cubierta y tembló bajo ellos. Rodearon el árbol en el que estaba oculto, con sus trompas extendidas, y todos fijaron sus ojos en mí. Ante este alarmante espectáculo, permanecí inmóvil, y estaba tan aterrorizado que el arco y las flechas se me cayeron de la mano.

»Mis temores no carecían de causa; pues después de que los elefantes me miraran fijamente durante algún tiempo, uno de los más grandes rodeó con su trompa el pie del árbol, lo arrancó y lo arrojó al suelo. Caí con el árbol; y el elefante, tomándome con su trompa, me puso sobre su espalda, donde me senté más como un muerto que como un vivo, con mi carcaj al hombro. Se puso después a la cabeza del resto, que lo siguieron en tropel, me llevó una distancia considerable, luego me depositó en el suelo y se retiró con todos sus compañeros. Después de haber estado tumbado un tiempo, y viendo que los elefantes se habían ido, me levanté y descubrí que estaba en una colina larga y ancha, casi cubierta de

huesos y dientes de elefantes. Os confieso que este objeto me proporcionó abundantes reflexiones. Admiré el instinto de esos animales; no dudé de que ese era su lugar de enterramiento, y que me llevaron allí a propósito para decirme que debía abstenerme de perseguirlos, ya que solo lo hacía por sus dientes. No me quedé en la colina, sino que me dirigí hacia la ciudad y, después de haber viajado un día y una noche, llegué a casa de mi patrón.

»Tan pronto como me vio:

—¡Ah, pobre Simbad! —exclamó—, estaba muy preocupado por saber qué había sido de ti. He estado en el bosque, donde encontré un árbol recién arrancado, y un arco y flechas en el suelo, y desesperaba de volver a verte. Por favor, dime qué te sucedió y por qué buena suerte sigues con vida.

»Satisface su curiosidad, y yendo ambos a la mañana siguiente a la colina, encontró con gran alegría que lo que le había contado era cierto. Cargamos al elefante que nos había llevado con tantos dientes como podía soportar; y cuando regresamos:

—Hermano —dijo mi patrón—, pues no te trataré más como a mi esclavo, después de haber hecho un descubrimiento que me enriquecerá, que Dios te bendiga con toda felicidad y prosperidad. Declaro ante Él que te doy tu libertad. Te oculté lo que ahora voy a contarte.

»"Los elefantes de nuestro bosque han matado cada año a un gran número de esclavos, a quienes enviábamos a buscar marfil. Dios te ha librado de su furia y te ha concedido ese favor solo a ti. Es una señal de que Él te ama y tiene algún uso para tu servicio en el mundo. Me has procurado una riqueza increíble. Antes no podíamos conseguir marfil sino exponiendo la vida de nuestros esclavos, y ahora toda nuestra ciudad se enriquece por tus medios. Podría comprometer a todos nuestros habitantes a contribuir para hacer tu fortuna, pero tendré la gloria de hacerlo yo mismo".

»A esta amable declaración respondí:

—Patrón, que Dios te preserve. Que me des mi libertad es suficiente para saldar lo que me debes, y no deseo otra recompensa por el servicio que tuve la buena fortuna de hacerte a ti y a tu ciudad, sino permiso para regresar a mi propio país.

—Muy bien —dijo él—, el monzón traerá en poco tiempo barcos para el marfil. Entonces te enviaré a casa y te daré con qué sufragar tus gastos.

»Le agradecí de nuevo por mi libertad y sus buenas intenciones hacia mí. Me quedé con él esperando el monzón; y durante ese tiempo, hicimos tantos viajes a la colina que llenamos todos nuestros almacenes de marfil. Los otros mercaderes, que comerciaban con él, hicieron lo mismo, pues no pudo ocultárseles por mucho tiempo.

»Los barcos llegaron por fin, y mi patrón, habiendo elegido él mismo el barco en el que debía embarcarme, cargó la mitad de él con marfil por mi cuenta, proveyó provisiones en abundancia para mi pasaje, y además me obligó a aceptar un presente de algunas curiosidades del país de gran valor. Después de haberle dado mil gracias por todos sus favores, subí a bordo. Zarpamos, y como la aventura que me procuró esta libertad fue muy extraordinaria, la tenía continuamente en mis pensamientos.

»Nos detuvimos en algunas islas para tomar provisiones frescas. Habiendo llegado nuestro barco a un puerto en tierra firme en las Indias, atracamos allí, y no queriendo aventurarme por mar a Basora, desembarqué mi proporción de marfil, resuelto a proseguir mi viaje por tierra. Hice vastas sumas con mi marfil, compré varias rarezas para presentes, y cuando mi equipaje estuvo listo, partí en compañía de una gran caravana de mercaderes. Estuve mucho tiempo en el camino y sufrí mucho, pero lo soporté todo con paciencia, al considerar que no tenía nada que temer de los mares, de los piratas, de las serpientes ni de los otros peligros a los que había estado expuesto.

»Todas estas fatigas terminaron al fin, y llegué sano y salvo a Bagdad. Fui inmediatamente a presentarme ante el califa y le di

cuenta de mi embajada. Ese príncipe dijo que había estado inquieto por mi tardanza en regresar, pero que siempre había esperado que Dios me preservara. Cuando le conté la aventura de los elefantes, pareció muy sorprendido, y nunca le habría dado crédito si no hubiera conocido mi veracidad. Consideró esta historia, y las otras relaciones que le había dado, tan curiosas que ordenó a uno de sus secretarios que las escribiera con caracteres de oro y las guardara en su tesoro. Me retiré muy satisfecho con los honores que recibí y los presentes que me dio; y desde entonces me he dedicado por completo a mi familia, parientes y amigos.

Simbad terminó aquí la relación de su séptimo y último viaje, y luego, dirigiéndose a Hindbad:

—Bueno, amigo —dijo—, ¿oíste alguna vez de alguna persona que haya sufrido tanto como yo, o de algún mortal que haya pasado por tantas vicisitudes? ¿No es razonable que, después de todo esto, disfrute de una vida tranquila y placentera?

Mientras decía esto, Hindbad se acercó a él y, besándole la mano, dijo:

—Debo reconocer, señor, que ha pasado por muchos peligros inminentes; mis problemas no son comparables a los suyos; si me afligen por un tiempo, me consuelo con el pensamiento del provecho que obtengo de ellos. Usted no solo merece una vida tranquila, sino que es digno de todas las riquezas que disfruta, porque hace de ellas un uso tan bueno y generoso. ¡Que continúe, pues, viviendo en felicidad hasta el día de su muerte!

Simbad le dio entonces cien sequíes más, lo recibió en el número de sus amigos y le pidió que dejara su empleo de cargador y viniera a cenar todos los días con él, para que tuviera sobradas razones para recordar a Simbad el marino y sus aventuras.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB